

ea muy pina que conduce al pajar. En el ángulo de la escalera con el piso, hueco donde puede ocultarse holgadamente una persona. A la derecha, un armario de madera, pobre, viejo. Cerca de él, una mesa antigua, también de mal aspecto. En primero y segundo término, dos puertas; la del primero es de la habitación de Rita y Palmira; la segunda, del interior de la casa. Ajuar de aldeano pobre y algunos utensilios de minero.

### ESCENA PRIMERA

Anochece. A ser posible, imítase alguno de los ruidos propios del campo, en verano, en los valles del Noroeste de España; por ejemplo, voces lejanas de aldeanos, rechino apagado de carretas. De no conseguir una imitación apropiada, es preferible prescindir de todo esto. Al levantarse el telón, se oirá á lo lejos un aire del país en un instrumento rústico (algo como gaita, dulzaina, caramillo ó cosa análoga.) RITA (de unos dieciocho años), y PALMIRA (de cinco á siete años.) Rita duerme de bruces sobre el montón de grava, viste traje de aldeana del país, mezclado con prendas de artesana de la ciudad, todo maltrecho, pobre. Palmira, cerca de ella, sentada sobre el polvo de la carretera, desgredada, dezalza. Lloro con cierto ritmo, cansada ya del llanto. Cuando suena la música lejana, deja de llorar. Cesa la música, y vuelve el llanto. Pasan por la carretera algunos grupos de tres ó cuatro mineros, unos silenciosos, otros en conversación confusa, lenta, desanimada. Los más, llevan lámpara de minero. Tuercen por el primer término de la izquierda, donde hace curva la carretera, y desaparecen. Después

### FERNANDO

PALM. (*Sentada en la carretera*) ¡Madre! ¡madre!  
¡Mira: Rita no me da sopal (*Se acerca,*

*arrastrándose, á Rita.*) ¡Rita! ¡Ritona!  
¡Despierta, que me das miedo! ¡Sopal!  
¡Ritona, dame pan! (*Le mete una mano entre los labios.*)

FERN. [*Llega por la carretera, primer término de la izquierda. Contempla un momento el grupo de las niñas. Se acerca á ellas.*]  
Oye, nena, ¿por qué lloras?

PALM. (*Al ver á Fernando se levanta de un brinco, y retrocede hacia la casa*) ¡Madre, madre! ¡Rita! ¡Tengo miedo: un hombre!

FERN. No tengas miedo: ¡Calla, vida mía! Yo... te quiero á ti. ¿Por qué lloras? Ven acá; toma.

PALM. ¡Madre!

FERN. ¿Aquí otra niña? ¿Una joven? ¿Qué tiene? ¿Quién es? ¿Está mala?

PALM. ¡Madre! ¡Rita! ¡Mira este señor...!

FERN. Oye: si me das un beso, te doy un perro... blanco; mira, un perro blanco. (*Le enseña una peseta.*)

PALM. ¿Una peseta! ¿Para mí toda? ¿Para Rita no?

FERN. No; para tí. ¿Rita es ésta?

PALM. Sí. (*Dejándose besar.*)

FERN. ¿Es tu hermana?

PALM. No.

FERN. ¿Cómo te llamas tú?

PALM. Palmira.

FERN. (*Para sí.*) ¡Como mi hermana! Sí: es su hija. Tu madre, ¿es Teresa?

PALM. Sí; Teresa de Roque.

FERN. ¿Y Rita? [*Palmira se encoge de hombros.*] ¿Qué es tuyo Rita?

- PALM. Está en casa.
- FERN. ¿Criada?
- PALM. No: de mi padre. ¡Es mala!
- FERN. ¿Te pega?
- PALM. No; me deja sola; se queda así, dormida. . . . ¡Quiero pan!
- FERN. ¿Tienes hambre? ¡Alma mía! ¿Dónde está tu madre?
- PALM. En la fuente, y á buscar á padre. ¡Madre, madre!
- FERN. No te oye: la fuente está lejos. Llamaremos á Rita. ¡A ver, Rita. . . . despierta! (*Mueve suavemente á Rita*)
- RITA. ¡Eh! ¿quién? ¡Ay! ¡Palma, calla! (*Se pasa las manos por la cabeza; sujeta el pañuelo que le sirve de toca; se quita algunas briznas de heno que trae pegadas á la garganta; se incorpora, y, temblando, al andar, se deja caer sobre el banco de piedra debajo de la ventana. Arrima los brazos á la pared, apoya en ellos la cabeza; el peso hace deslizarse, pared abajo, todo el busto, y cae Rita sobre el banco, como estaba antes sobre el montón de grava.*)
- FERN. Es una marmota. (*Reparándola.*) No; es un ángel, pero un ángel enfermizo. ¡Oh, qué cansancio el suyo! [*Le toma el pulso y le toca la frente.*] ¡Infeliz criatura! Agobiada por el trabajo; mal alimentada, de fiijo. . . . ¿Quién será? ¿Estará enferma? (*Le quita yerbas pegadas á la frente.*) ¡Enferma, pero traba-

- ja! (*Repara que Palmira corre por la carretera, hacia el foro, gritando.*)
- PALM. ¡Madre, madre! (*Desaparece por el último término, izquierda.*)
- FERN. Por allí viene gente: un grupo. Serán mineros. Sí: Roque. . . . y Teresa. . . . y más serán. No quiero que me vean. Ahora no. La niña giría lo de la peseta; y ese Roque es altivo, creo. No querrá limosnas, de fiijo. Además, le he visto mirarme con malos ojos. Tal vez sospecha. Pero yo he de verla, he de hablar con ella otra vez. Mañana, al ser de día, sale el tren, y he de marchar; no hay remedio. Sí: hablaré á Teresa esta noche. Si puedo, aquí, á solas, cuando él salga, pues sé que sale: va á perorar á la taberna. Y si no, con un pretexto, entraré luego ahí, aunque esté Roque. Se acercan. Ahora, á mí escondite, ahí, en la Foz, entre los árboles, donde la contemplé esta tarde. . . . ¡tan triste, tan pobre, tan dulce en su miseria. . . .! Perdida la lozanía. . . . y más hermosa. ¡Mi pobre ilusión del amor humilde, puro, respetuoso. . . . no desvanecida, no transformada; deshecha en humo, no: convertida en olorosa nube de ideal incienso, de impasible abnegación, de tristeza inexorable. ¡Oh, realidad, maestra de la vida y de la muerte! ¡Poética en tus desengaños, como este crepúsculo en la aldea! (*Se oye á lo lejos rumor de voces en disputa áspera, sorda, lenta.*)

*otras veces la voz de Palmira que llama á su madre; y por fin, la gaita ó caramillo, muy lejos perdiéndose en la distancia. Fernando sale de la escena por el primer término izquierda: al sentir acercarse por la carretera un grupo de mineros)*

## ESCENA II

RITA; ROQUE Y VARIOS MINEROS

Llega al primer término de la izquierda un grupo de mineros, entre ellos Roque, el cual manifiesta al andar que tiene un pie herido: el zapato de este pie, roto por delante.

MIN. 2.º ¡Con Dios, Roque; y por la fresca, arriba; y otra vez al pozo!

MIN. 1.º ¡Mal rayo me parta si con estos maldridos se pueda hacer una que sea sonada!

MIN. 2.º Para sonadas, las que hace allá dentro el gas cuando se le hinchan las narices.

MIN. 1.º Roque, contigo se cuenta. Si ahora te quedas aquí un rato por que no diga Teresa, en casa de la Eulalia te esperamos. No faltes: lleva el papel, ese que tan bién lo relata.

MIN. 2.º No seas bobo, Roque, no vayas. Gastarás los cuartos, beberás, mañana la dormirás, te meterán en el ajo de la huelga, aunque seas inocente, . . . y ¡a tós pan, Dios sabe hasta cuándo!

MIN. 3.º Estos de la aldea siempre servilones;

burros de reata. . . . reses que van al matadero.

MIN. 2.º Vaya, con Dios. Ya empieza el predicador. . . . ¡Lilailas! El pobre siempre sudará mucho para comer poco. . . . Los papeles. . . . la taberna. . . . los sermones. . . . ¡Lilailas! Siempre fué lo mismo. Vaya; buenas noches. Roque, cena, si hay qué; y á la cama. (*Sale por la izquierda á paso lento bostezando.*)

ROQUE ¡Gallinas! Vamos andando. Si espero á esa, habrá matraca. ¡A casa de Eulalia! Yo me debo á los míos. Cuando el hombre tiene una idea. . . se debe á la idea.

MIN. 3.º Pero ¿no has dicho á Teresa que te quedabas en casa?

ROQUE (*Se encoge de hombros.*) ¡Déjate de mujeres! A casa de Eulalia. El obrero defiende sus ideas donde puede. . . . Si no hay más cátedra, más congreso, más púlpito que la taberna. . . . en la taberna. Jesucristo iba á las tabernas á predicar el socialismo á los publicanos.

MIN. 1.º ¡Esol! ¡Vivan los publicanos! El papa es ahora publicano también.

MIN. 3.º ¡Pamplinas! ¡La política. . . ! ¡El clero. . . ! ¡pamplinas. . . ! No reventar de hambre y de trabajar, esa es la fija.

ROQUE Vamos, que va á llegar Teresa. (*Bosteza Rita, y estira los brazos despertando.*) ¿Quién está ahí? ¡Ah! ¡es mi hermana! ¡Esperad! ¡Rita! (*Se acerca á ella.*) ¿Has metido la yerba?

RITA. Sí; toda la que habéis dejado segada.

(Soñolienta otra vez quitándose de la garganta y del pecho briznas del heno pegado á la piel.)

- ROQUE ¿Qué tienes? ¿sueño?  
 RITA Sí.  
 ROQUE ¿Calor? [*Le pasa la mano por la frente y las muñecas.*]  
 RITA Mucho.  
 ROQUE (*En voz baja.*) ¿Y hambre?  
 RITA Sed.  
 ROQUE (*En voz baja.*) ¿Qué hay de cena?  
 RITA Hay patatas. (*Gesto de repugnancia.*)  
 ROQUE ¿No cenarás?  
 RITA Si me deja Teresa, me acuesto ahora.  
 ROQUE ¿Sin cenar?  
 RITA Se me abre la cabeza, se me hunde el cuerpo.  
 ROQUE ¿Estás muy cansada?  
 RITA Claro.  
 ROQUE ¿Has trabajado mucho?  
 RITA ¡Qué remedio!  
 ROQUE ¡Teresa!  
 RITA Más que yo y más que tú. ¡Pobre; si no revienta...! Pero esa puede. Tiene más alma.  
 ROQUE Te arde el pellejo. (*Vuelve á tocarle las muñecas.*)  
 RITA Más adentro ardo.  
 MIN. 1<sup>o</sup> Roque, ¿vienes, ó qué?  
 ROQUE ¡Ah! sí... voy... ¡voy! “¡Rayo en la miseria! ¡Qué arda el mundo!” Lo mejor es eso, ¡que arda el mundo!” Rita, cena, Cena... chocolate si queda. Ya sabes lo que ha dicho el médico: sin co-

mer no hay vida. [*A los mineros.*] Vamos.

### ESCENA III.

DICHOS y TERESA

El mismo traje aproximadamente que Rita. Trae sobre la cabeza una herrada llena de agua que rebosa y le cae sobre los hombros. Palmira viene cogida á la falda de su madre.

- TERESA (*Se detiene frente á Roque.*) Pero ¿marchas? ¿No cenas? ¿No has dicho...?  
 ROQUE Lo que digo es que me debo á los míos.  
 TERESA ¿Los tuyos?... (*Deja la herrada en tierra.*)  
 ROQUE Los míos son mis compañeros; los explotados, los miserables... ¡En fin, á callar! Dale chocolate á Rita y déjala que se acueste.  
 PALM. ¡Padre, padre! (*En tono de queja.*)  
 ROQUE ¿Qué, hay pulga? (*Coge en brazos á Palmira que le enseña las manos vacías.*)  
 PALM. Mira; madre me ha quitado la peseta que me había dado un señorito muy bueno.  
 ROQUE ¡Una peseta. *Deja á Palmira en el suelo.* ¿Un señorito? A ver tú. (*A Teresa.*) ¿qué es esto?  
 MIN. 1<sup>o</sup> Vaya, Roque, hasta luego. Nosotros vamos andando.  
 MIN. 3<sup>o</sup> Si vas, vas.  
 ROQUE No, espera. Quiero que véais esto. Te-

resa, ya sabes mi genio. Aquí ha habido limosna. Esa peseta. . . . ¿dónde está? ¿De quién es? ¿Qué señorito anduvo aquí? Tu señorito; tu antiguo amo, ¿no es eso? El sietemesino burgués que vino ayer á estudiar ahí dentro, en la mina, cómo sudábamos los pobres, cómo exponía la vida el obrero á cada momento. Ese fué. ¡Rayo en él y en tí! Ea, pronto; ¿dónde está esa peseta?

TERESA La peseta, aquí está; quién se la dió á la niña, no lo sé. Yo no he visto aquí á ningún señorito; ni al mío, ni á ninguno.

ROQUE ¡Rayo de Dios! Nadie te pide excusas. ¿Por qué?

TERESA Por nada; pero como dices. . . .

ROQUE Tu señorito será un ángel, pero es un señorito, un miserable, como todos, que no creará en la honra del pobre. . . . Venga esa limosna. El obrero no quiere limosna.

TERESA Pero . . . si no es limosna.

ROQUE ¡Venga!

PALM. ¡Es mía! ¡Es mía! (*Llorando.*)

ROQUE ¡Es del diablo! (*Arroja la moneda lejos.*) ¡A callar todo el mundo! Ya lo veis amigos; yo predico, y hago lo que predico. La limosna envilece. La caridad, ¡pamplina! ¡humillación! ¡Derecho! ¡justicia! ¡venganza!

MINEROS ¡Eso, eso!

ROQUE ¡Adelante! (*Se dirige hacia la izquierda.*) Cena y apaga la lumbre. ¡Ah! Y

no olvides el chocolate de mi hermana.

MIN. 1.ª Teresa, buenas noches.

MIN. 2.ª Que te alivies, Rita.

ROQUE No, pídele á Dios que sane, ó que se muera; porque para el pobre, la enfermedad es el infierno. ¡Oh; por qué no habrá un gas malo, allá arriba, en las nubes, para que estallase, y saltara el cielo, el mundo, como revienta allá dentro la mina! . . .

TERESA Pero oye, Roque; (*En voz baja.*) mira que no hay. . . .

ROQUE Que no hay justicia en la tierra; ya lo sé. A eso vamos; á buscarla. ¡Adelante, adelante! [*Sale por la izquierda con los demás mineros.*]

#### ESCENA IV

TERESA, RITA y PALMIRA, do. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mientras hablan Teresa y Rita, Palmira entra sollozando en la casa; se sube sobre un banco de madera; buca en el cajón de la mesa; saca un pedazo de pan, y llorando y comiendo, se queda dormida en el suelo, junto á la mesa.

TERESA No hay justicia. . . . ni hay caldo. ¡Pobre Rita! [*Mirándola, y sonriendo con tristeza.*] Tú bien lo sabes, no hay tal chocolate. (*Rita hace un gesto de resignación casi indiferente: extiende los brazos en cruz; hace un esfuerzo para andar, y acercándose á Teresa, le echa un brazo alrededor del cuello.*)

RITA Perdónale. Nos quiere mucho á todos. A mí.... porque mi cariño le recuerda á nuestra madre. Antes de casarse contigo, y después de morir mi madre, yo era todo para él; y como me crié así... *(Con desprecio de sí misma, algo airada.)* enfermucha, ruin, casi inútil.

TERESA ¡Inútil! Si no fuera por tí, no podríamos con tanto. ¿Por qué cargas yerba?

RITA ¿Y si llueve? *(Habla con dificultad, soñolienta, con voz débil.)*

TERESA Yo la hubiera recogido.

RITA Sí, tú; todo tú. Ni tú ni él podréis con tanto. La mina, el ganado, el maíz, la colada, la ropa al río.... Palmira, yo... cargas y más cargas. *(Se levanta del montón de grava, donde habrá vuelto á sentarse. Procura seguir á Teresa que habrá entrado en la casa, recogiendo antes la herrada.)* Déjadme ayudar; ayúdame ó morir. *[Teresa habrá dejado la herrada pendiente de un gancho, cerca del hogar. Sin ver á Palmira, enciende un quinqué pobre, colgado cerca del hogar también, y vuelve á salir de la casa.]* ¡Dios mío; este sueño; este cansancio; esta cabeza! ¡Ah! La Gallarda no sé qué tiene; todo el día anduvo echándose por tierra. ¡Pobre vacal! Como yo; quiere y no puede.... Pero ella es vieja; ya sirvió; ya trabajó.... y yo.... yo.... *(Muestra gran debilidad, y se deja caer otra vez en el banco de la ventana)*

TERESA ¿Tienes hambre?

RITA ¡Hambre.... puaf! *(Repugnancia.)*

TERESA Bien; pero ... necesidad.... Iré á casa de la Chinta á pedir nn poco de....

RITA ¡No! Basta de favores.... que se echan en cara. ¡Si la oyeras esta tarde! Desde media legua se la oía.... ¡qué vergüenza! Si Roque la oye un día, no sé qué va á pasar. Y el Chinto, el judío, el ladrón, también murmura; también echa en cara lo que se le debe. *(Pausa.)* Es mucho, ¿verdad?

TERESA No sé; yo.... yo, no mucho. Pero él, tu hermano.... como....

RITA *(Avergonzada.)* Sí; ya sé.... Cuando esos malditos le sublevan.... le emborrachan.... ¡Esa Eulalia.... con su taberna que Dios confunda! Él es el que paga, para que le oigan leer los papeles, y decir aquello de que él se debe á sus ideas.... ¡Oh, pues yo á las mías no les debo nada bueno! *(Sombría.)* ¡Porque.... aquí.... entre sueños.... entre dormida y loca... tengo unas ideas!... Pero.... puede más la fatiga que ellas. *(Se levanta.)*

TERESA Vamos, entra; el sereno puede hacerte daño. Cena un poco, poco; y á la cama.

RITA Patatas... no; no puedo. Comeré una corteza.... no; tampoco; nada.

TERESA ¡Si yo.... encontrara esa peseta! *(Mira vagamente en torno.)*

RITA ¿Quién es ese señorito?

- TERESA ¿Cuál?
- RITA El que estuvo aquí antes; el que besó á Palmira.
- TERESA ¿La besó?
- RITA Sí; y á mí... no sé qué me hizo. Me puso ahí sobre ese banco, me parece; y me tomó el pulso. ¿Es médico?
- TERESA No; creo que también escribe en los papeles; es sabio, ¡qué sé yo! Ahora estudia... á los pobres.
- RITA Pues ya tiene que leer.
- TERESA (*Pensativa.*) Es muy bueno.
- RITA ¿Fué tu amo?
- TERESA Sí; es el señorito Fernando; el hijo de mi señora.
- RITA Nosotros nunca servimos. Debe de ser muy malo.
- TERESA Todo es cruz. (*Rita se deja caer otra vez sobre el banco.*)
- RITA Pero es mejor servir al marido, al padre, al hermano.
- TERESA Ya se sabe; eso... no es servir.
- RITA Claro. Eso es... ,
- TERESA Eso es ser... ,
- RITA Claro; ser... lo que se debe ser.
- TERESA Pero... ¿y Palmira?
- RITA [*Que se va quedando dormida.*] Allá dentro. (*Teresa entra en la casa. La niña ya está dormida. La coge en brazos después de quitarle el pan que le sobre y guardarlo en la mesa. Lleva á Palmira por la primera puerta de la derecha, y muy pronto vuelve y sale de la casa.*)
- TERESA ¡Rital! ¡Rital! ¿qué es eso! (*Rita estará*

*como desmayada ó dormida con sopor.* Dormida... ¿ó estará mala? ¡Rital! ¿No cenas? Como un poste. Si la dejo aquí, la mata el fresco. ¡Y sin probar bocado desde medio día! ¡Rita! ¡Bah! ¿qué remedio? Armas al hombro. (*Procura cogerla en brazos.*) Ay; pero esta pesa más que mi ángel... No importa; al hombro. (*Hace un esfuerzo, y cuando ya la tiene á cuestas, tocando los pies de Rita en tierra, y Teresa inclinándose bajo la carga y buscando, con un brazo extendido, un apoyo, se le pone delante Fernando, que llega por el primer termino izquierda. Hay luna, y de la casa sale un reflejo del quinqué.*) ¿Quién anda ahí? ¡Ah! ¡El señorito?

## ESCENA V

TERESA y FERNANDO; RITA que no habla más.

- TERESA ¡Buenas noches, señorito! (*Al tratar de incorporarse con Rita se le cae la carga hacia un lado, Fernando la sujeta y entre ambos la sostienen.*)
- FERN. ¿Está enferma?
- TERESA Poca salud gasta.
- PERN. Pero, ahora, ¿qué tiene? ¿Está en un accidente?
- TERESA No. Eso... no será... Será sueño... cansancio... y mala comida... es decir, que, como está así, no tiene buen diente. Y el trabajo... No se sabe lo

- que es. Muchas noches... y á veces de día... es así... pero no tan de repente... no tanto. Si me ayudara....
- FERN. Pues ya lo creo; vamos adentro. ¡Infeliz! ¿Quién es? ¿Criada? (*Entran en casa llevando á Rita dormida.*)
- TERESA No, señor. ¡Qué criada! No. Es hermana de Roque. No tiene padre ni madre. Es Rita; nuestra Rita. [*Salen de la escena por la primera puerta de la derecha y vuelven á poco.*]

## ESCENA VI.

FERNANDO, detrás; y á poco TERESA

- FERN Parece que duerme profundamente.
- TERESA Como un madero. Siempre duerme así. Trabaja mucho y es de pocos alientos... ¡Es decir, alientos...! pero... vamos, que no responde la....
- FERN, Calentura no creo que tenga: el pulso débil, pero regular....
- TERESA ¿También es médico el señorito?
- FERN. No; pero cualquiera comprende....
- TERESA ¡Bah! ¡Lo que usted no sepa...! Tanto leer, tanto estudiar. Con las noches que yo le preparé la luz para velar y y más velar... había para aprender todas las sabidurías del mundo.
- FERN. ¿Te acuerdas de aquellos tiempos, Teresa?
- TERESA Y la señora, aunque no lo decía, ¡qué orgullosa estaba de tal hijo!

- FERN. ¿Te acuerdas mucho de nosotros; verdad? Tu hija se llama Palmira, como mi pobre hermana.
- TERESA Murió en mis brazos. ¡Pobre señorita Palmira! Claro; mi hija como ella. A la señora no la ví morir. Ya estaba yo aquí en el valle. Me casé aquel año. Yo me casé en Febrero y la señora murió en Marzo. (*Pausa. Teresa nota que Fernando la mira fijamente, y se impacienta, va y viene como desconcertada de la puerta de la de la calle al hogar.*)
- FERN. ¿Extrañas que te mire á la cara; que te observe...?
- TERESA Yo... no. Es que.... ¡Ay Dios! ¡Buena cosa miral! ¿Verdad señorito que parezco una sombra? Es el trabajo; los cuidados; la vida que ahora se hace, tan diferente de aquella, al lado de la señora.
- FERN. (*Con resolución.*) ¿Eres desgraciada, Teresa?
- TERESA Eso no; es decir.... desgraciada.... Todos los pobres son desgraciados. Dicen, que usted, don Fernando, estudia ahora eso. Pues ya irá usted viendo que es así. Y eso que en los libros no se aprende lo que es el que tiene miseria, quiero decir, el que carece.... No; ni en los libros, ni viéndolo. No basta verlo, señorito.
- FERN. ¿Eres tú también socialista como tu Roque?
- TERESA ¿Quién le ha dicho que Roque...?



- FERN. En la mina; sé quién es; que no es al deano, aunque ahora se ayuda á vivir con esta poca de tierra que lleváis en arriendo; sé que era armero allá en la ciudad....
- TERESA Allí le conocí yo.
- FERN. Y tuvo que dejar el oficio por exaltado, por díscolo, por no tolerar la disciplina.
- TERESA [*Impaciente.*] Roque trabaja como un león.
- FERN. Y ruge. Dime la verdad, Teresa; yo tengo derecho á que me digas la verdad. A eso he venido. Cuando te ví hoy por primera vez, después de tantos años, sentí no sé que....
- TERESA Se le puso una cara muy triste. Como si viera á una muerta. Ya lo esperaba yo: No me miro al espejo, pero sé que parezco otra. Siempre lo pensé: si el señorito vuelve á verme algún día, le pareceré un fantasma.
- FERN. ¿Y tú no esperabas que nos volviéramos á ver?
- TERESA Esperar.... no sé. Ni sí, ni no. Hace mucho tiempo que no espero nada bueno.... ni desespéro. Todo puede venir. [*Silencio.*]
- FERN. Mira.... Teresa; por no hablarnos como debemos en este poco tiempo que podemos estar á solas, sin que nadie lo sepa, (*Teresa vuelve la cabeza hacia la puerta; después da en esta dirección un paso retrocediendo sin volver la espalda á Fernando.*) me estás haciendo daño

- sin querer. Yo tengo que marchar sin falta mañana mismo, muy temprano; no sé cuándo podré volver....
- TERESA ¡Volver!
- FERN. Sí; pero vuelva cuando vuelva, yo no quiero marchar así, sin saber cómo quedas; si eres muy desgraciada; si es verdad lo que oí en la mina.... que tu Roque.... ¡te maltrata!
- TERESA ¡Ah, don Fernando! ¿Quién ha dicho tal!
- FERN. (*Con mirada escrutadora.*) En casa no sabías mentir.
- TERESA Es que... es muy largo de explicar... Roque, mi Roque... vale más que esos que dicen.... ¡yo no me quejo! ¡Nadie sabe nada! Ellos son los que mienten. [*Exaltada.*]
- FERN. Tu Roque, sí; tu Roque; ya sabía yo; es tu marido; hay que quererle, sea como sea.
- TERESA ¡Claro! (*Tono especial de convicción; con timbre como extraño á la voz ordinaria de Teresa.*)
- FERN. ¡Ay, ese claro! El claro de mi madre; sonó tu voz como la suya. ¡Claro! Siempre era claro el deber, el sacrificio.
- TERESA Claro. Y para usted lo mismo. (*Acerándose.*) ¿A que no ha hecho el señorito en todos estos años, desde que es todo un hombre, y tiene obligaciones graves; á que no ha hecho nada de que tenga que avergonzarse? Pues yo lo mismo. [*Voz energética, algo seca. Fer-*

nando, que estará sentado hacia la derecha primer término, se lleva una mano á los ojos. Teresa le mira, en pié, frente á él OLVIDADA DE LA PUERTA, se acerca más á Fernando, nota que contiene su emoción, y se retira un paso, comprimiendo la suya.)

FERN. Todo lo sé; todo lo sé. Pero... hay que atender á todos. (*Transición.*) Sólo te diré una cosa; tu Roque es tuyo; pero yo también... soy algo tuyo.

TERESA (*Voz temblorosa.*) ¡Ya lo creo! ¡El señorito! El hijo de la señora: mi señorito.

FERN. Si; pero *mi señorito*... no es un parentesco.

TERESA Yo me entiendo.

FERN. Pero no me entiendes á mí. A lo que iba: hace un año, solo en el mundo, en una fonda, tuve una enfermedad. Estuve en peligro de muerte. Era nervioso... una angustia infinita; horror de la soledad en que vivía; era como cuando... ¿te acuerdas?

TERESA ¡Ah, don Fernando, calle! ¡Por Dios, don Fernando!

FERN. ¿No me quieres oír? ¿No me das este consuelo?

TERESA Sí, sí, hable; pero... Aquello no era nada. Se ponía muy nervioso... ¡unas ansias! Y su madre tenía que cogerle la cabeza; y yo, y todos, le hablábamos, le animábamos...

FERN. Sí, lo mismo; pero esta vez estaba solo. Llamaba á mi madre, y había muerto;

llamaba á Palmira, y había muerto; te llamaba á ti... ¡y estabas tan lejos! [*Teresa va á acercarse á Fernando con ademán de cogerle la cabeza, que él tendrá inclinada hácia adelante, pero se contiene: se aparta; se sienta lejos, y apoya su frente entre las manos.*] Después tuve una especie de delirio.

TERESA ¿Delirio? Eso, antes no.

FERN. Ahora sí. Y me dijeron después que llamaba á voces...

TERESA A la señora...

FERN. No, á Teresa; porque ya no tenía en el mundo más que á Teresa. (*Pausa.*) De modo... que no sé si yo soy algo tuyo; pero ya ves como tú eres algo mío.

TERESA (*Conteniéndose.*) La señora... era tan buena, tan cristiana, que criaba á los hijos y á los criados, como hijos de Adán todos, y todos hermanos en Cristo. Desde niños, nos tratábamos así. A mí me quería tanto... y sobre todo, después que murió la señorita...

FERN. Sí; pero hay que decirlo todo. Sí, todo, por lo que ya sabes; porque tengo que marcharme... ¡y así no quiero irmel [*Se pone en pié exaltado*] Teresa, mi madre quería que el señorito y la criada se amasen como hermanos; pero si el señorito se hubiese enamorado de la criada, no le hubiese dejado decirle que la quería... casarse con ella. Si un día llegó á temer algo, no se sabe; lo cierto es que la criada salió de casa con un pretext-

to... y al año se casó; y á poco desapareció del pueblo. . y vino á enterrarse en las minas.

TERESA Y Dios se lo pague á la señora, de gloria. ¿Qué hubiera sido de mí sin mi Roque? ¿Servir en otra casa? ¡Ay; yo no servía para eso! Otros amos, no.

FERN. ¿Te buscaron á Roque?

TERESA Sí; me lo buscaron Dios y la señora.

FERN. ¡Dios! ¿Pues merecías tú castigo?

TERESA [*En pie.*] ¡Señorito! También yo tengo que explicar algo.... [*Pausa.*] Para que nos entendamos. Yo á usted no quiero engañarle. Pero no sé decir lo que quiero. Hay cosas aquí dentro tan revueltas, que no les encuentro el nombre: entiéndame usted como pueda. Después que uno se casa.... si se casa bien, como yo....

FERN. Yo no sé nada de eso; porque yo no me he casado....

TERESA Yo sí... porque tenía miedo al hambre, á ser esclava, á humillarme, á estar sola en el mundo, á que me perdiera la miseria.... usted no entiende esto, señorito. Por muchas cosas.... así... dulces... como de música, que tenga uno allá dentro.... viviendo así.... al aire libre, sin casa, sin amigos, sin pan seguro.... se entrega uno á otra cosa más triste, más fría, más segura.... más terca... Pero, después, en esa misma vida que es.... como áspera, ccesta arriba, sin gracia, pena de cada día, de cada ho-

ra.... sin consuelo de soñar, de sentir aquellas cosas de que hablaban los libros que me leía la señora.... en esa misma miseria sin luz.... va apareciendo una suavidad, una costumbre... un calor, un apego... y... yo, señorito, doy por usted la vida; pero no me hable mal de Roque.

FERN. Mal, no; pero hay que hablar de él y de mí, y de tí, y de todos. Cuando saliste de casa, porque mi madre sospechaba que yo te admiraba demasiado y temía que no pudiera contener mi.... afición, como tanto tiempo la contuve... cuando consentí aquella crueldad....

TERESA ¿Crueldad de quién? ¿crueldad de una santa?

FERN. No; no es eso. Crueldad.... del mundo, de las preocupaciones de clase, de los artificios sociales.... tú no entiendes esto.

TERESA No; no lo entiendo. Sólo sé que Roque habla mucho de eso mismo cuando se exalta, cuando se desespera, cuando le falta la paciencia; y cuando le hacen beber esos miserables.

FERN. Cuando saliste de casa yo debí oponerme.... ó seguirte. No hice nada de eso. Entonces no comprendía lo que iba á perder, perdiéndote. La poesía del sacrificio inculcada en mi corazón y en mi cerebro por mi madre, por mis lecturas, por mis meditaciones, me hacía ver muy hermoso el dolor de perderte, de no se-

guirte, jegoísta! sin reparar que había algo más que hacer por ser bueno pasivamente, como un esclavo. Yo debí seguirte, hacerte mía. . . . Pero venció el respeto, venció el sacrificio. . . . lo que creí el deber. Y á poco me ví solo en el mundo; sin mi madre, sin tí. Y á tí, ¿cómo te encuentro! (*Pausa.*) No hablo de tu hermosura, no: no quiero ofenderte, no quiero molestarte. No quiero, ni puedo explicarte como para mí esá palidez, esos ojos tristes, esos pómulos que denuncian el martirio de la miseria, como clavos de una crucifixión, hundidos en el rostro. . . . en vez de borrar la gracia que siempre vieron en tí mis ojos y mi alma, la aumentan, la hacen sublime hermosura. ¡Tú no sabes, tú no puedes saber, cómo y por qué yo estoy al cabo de la calle de todos los engaños de la vida, y no creo en clases, y veo en tus harapos atavíos de princesa espiritual; tú no sabes lo que vales; tú no sabes lo que eres; tú no puedes saber cómo ni por qué vínculos que tú respetas, que tú tienes por santos, porque te lo enseñaron mi madre y tu corazón de mártir, para mí son vínculos, barrera, abismos, sólo porque tú quieres! ¡No se hable de que te quise; no se hable de que quiero, ni de que te necesito; no se hable de que te respeté como á una santa cuando estabas en mi casa, durmiendo cerca de mi lecho, y los dos éramos jóvenes, lo-

zanos, llenos de salud y de ilusión, y de esperanza, y de deseo. . . . y yo leía en tus miradas furtivas, en los relámpagos de gloria que sin querer vertías sobre mi alma, que tú también hubieras sido para mí si te dejaran, si se pudiera! . . . ¡Ay, sí; se podía! ¡Eso ignorábamos! ¡Se podía!

TERESA ¡Basta! . . . ¡Basta, señorito! Yo también quiero hablar. Mientras callo, le estoy engañando. . . . y no quiero engañarle. Aquí se trata de todo menos de lo que más importa: de Roque, de esta casa, de esa hija que duerme ahí cerca. . . . oiga, oiga como respira: ¡qué tranquila! ¡qué confiada! Se durmió sin cenar, con un pedazo de pan en la boca. . . . porque, no siempre han de ser patatas. . . . oígalas; ¡qué tranquila, qué confiada en su madre! Así trabaja Roque en la mina, en el campo: confiado, seguro de mí, de su casa. . . . Si un miserable mal pensamiento me pasara por aquí, (*La frente.*) mientras mi hija duerme ó mi marido sufre en la mina, gastando la vida en ganarnos el pan. . . . ¡con estas manos, me arrancaba esta cabeza!

FERN. ¡Teresa, me estás ofendiendo mucho! Ya conozco que no me quieres nada, cuando tan mal me entiendes.

TERESA No sé si le ofendo; pero sé que no le quiero mal. . . . Y si á hacer daño vamos. . . . ¡por qué me habla de lo que no se puede hablar. . . de lo que no se habló